

CAPITULO XXXV.

DE LA VIDA OCUPADA Y LABORIOSA DE LOS ECLESIASTICOS.

ARTICULO I.

Obligacion que tiene un eclesiástico de fatigarse en la viña del Señor.

Oimos repetir á menudo una preocupacion desgraciadamente muy general, que el sacerdocio es un estado de ocio y regalo; mas este es el error mas absurdo del siglo, que muchos sacerdotes autorizan con una vida muelle y negligente, de la cual responsables son; y de ninguna manera arguye que tal sea el caracter del estado sacerdotal, cuyos deberes son tan numerosos, tan grandes de consecuencia y de tanta responsabilidad que aterrados quedaron siempre los que lo consideraron con los ojos del espiritu; y por este motivo exhortaba san Clemente á sus obispos que escogiesen sus ministros entre los que mostraban una indole y naturaleza fácil á acomodarse á las fatigas del ministerio: *Faciles ad vexationes et molestias in usu ministerii sustinendas* (*Constitut. apost.*, lib. 5, c. 15). Y observa el sagrado concilio de Trento que todos los que se alistán en la santa milicia de Jesucristo deben considerarse apelados á las fatigas y trabajos: *Cum in Dei militia adscripti sunt, non ad commoditates seu voluptates, sed ad labores et sollicitudines vocatos esse putent.*

En efecto si Dios llama á sus ministros á este altísimo y gravísimo ministerio, es para que se fatiguen segun las propias fuerzas en su viña, y la Iglesia no confiere sus órdenes *ad honorem*, y para rodearse de un vano séquito de sacerdotes inútiles, sino para poseer otros tantos operarios. Por esta razon se compara á una gran cosecha que exige laboriosos segadores, como igualmente á una viña que tiene necesidad de cultivadores laboriosos, y á un ejército disciplinado que debe componerse de valerosos combatientes, lo que inducia al apóstol á escribir á Timoteo: *Trabaja como buen soldado de Jesucristo* (2 *Timoth.*, 2, 5). De este modo todos los sacerdotes componen una sagrada milicia, cuyo gefe, que es el obispo, destina á cada uno á la tarea que le toca hacer, y si halla alguno que esté ocioso, le debe decir las palabras del dueño de la viña evangélica: *Quid hic statis? Ite et vos in vineam meam* (*Math.*, 20, 6). Cada sacerdote debe tener su iglesia que servir y una ocupacion propia en que ejercerse individualmente. A cada uno su especialidad, y un sacerdote que no hace mas que decir la misa y recitar el oficio no corresponde á su vocacion.

Guárdese pues un jóven sacerdote de creer que no debe tener mas fatiga que el decir la misa, ni se le lisonjee que libre se halla de todo afán pudiendo holgar lo demas del dia, como muchos se figuran. No, desde que recibió las sagradas órdenes, perdió su libertad, y lo primero á que debe aspirar y el primer objeto que debe proponerse, es colocarse en un estado de ocupacion y actividad, siendo dignos de encomios los obispos que emplean los jóvenes sacerdotes en una ocupacion adecuada. El empeño zeloso y activo todo lo alcanza, pues, en este estado, se echa el resto, y se consigue efectuar lo

que ni se hubiera esperado. Todos tenemos algun talento, y Dios exige que en su gloria lo empleemos; mas al juicio toca indicar el buen uso del tiempo y el uso de estos mismos talentos.

No todos conocen la importancia de este principio. Algunas personas que virtuosas parecen y que en realidad lo son, se inclinan á una vida apacible y tranquila, mas bien que á una devocion sólida y laboriosa. Parece que buscan su propia paz y no la de Dios, pues la paz de Dios se complace en las fatigas, y obligacion tiene todo eclesiástico de arrostrarlas cuando se trata del servicio del Señor, tanto el que no tiene mas medios de vivir que el altar, como el que puede prescindir del estipendio del culto, el cual tiene no menos deber de afanarse en los deberes que su ministerio le impone; y si no tiene necesidad de la paga de la Iglesia, la Iglesia tiene necesidad de sus servicios. Acuérdesese que no es sacerdote para si mismo sino para los fieles sus hermanos; que no recibió las sagradas órdenes para tener de que vivir, sino para servir; que si hay otros que trabajan, no por eso deja de tener obligacion de trabajar igualmente, y que si hay párrocos, capellanes y vicarios, laboriosa y continua tarea le impone el espíritu del sacerdocio. Un buen eclesiástico no discute ni escudriña el género de deber que le toca, sino acude donde puede ser útil con santa emulacion por el servicio de Dios, pues se conoce y se profesa con el apóstol siervo de todos por Jesucristo (*Corint., 4, 5*).

Perdicion de los eclesiásticos ociosos.

El demonio del reposo es uno de los mas peligrosos. El agua estancada se corrompe y cria gusanos y podredumbre; asi la ociosidad engendra toda clase de males. No solo es un gran mal en si, pues se opone á la providencia de Dios y á la naturaleza del hombre que criado fué para trabajar en todo estado, sino se vuelve un manantial de innumerables desdichas que echan á perder la vida de un hombre y sobre todo de un eclesiástico. Los jóvenes sacerdotes que, en los primeros años del sacerdocio, no tuvieron voluntad de dedicarse á una vida ocupada y laboriosa en la casa de Dios, se estrellarán contra los escollos en que naufragaron tantos varones insignes que tanto prometian. Hay eclesiásticos que se dedican al juego, otros á la conversacion y sociedades; los hay que frecuentan los cafés; no falta quien se dedique á negocios de comercio; en una palabra, *omnes declinaverunt, simul inutiles facta sunt*, y se perdieron para toda la vida.

Y si todos los ociosos no llegan á semejantes desarreglos, ello es cierto que infelices victimas son de la desidia y poco apego al trabajo. ¡Qué vergonzosa es la vida de tantos sacerdotes que son la personificacion de la holgazaneria y la inercia! Diez veces por dias se encuentran en los paseos, ó en las esquinas parados en corrillo con seculares; ó bien se los ve de palique en las tiendas, callejeando á todas horas, de casa en casa haciendo visitas, ó perennemente en los cafés y botillerias; siempre desocupados, sin saber que hacer, bostezando quejándose de lo

largo de los dias, de no saber como pasar el tiempo, y diciendo estas ú otras espresiones equivalentes : ¡Qué fastidio! ¡Vaya un pais! Uno no sabe lo que hacerse... ¿Cómo pasaremos el tiempo?... ¡Un sacerdote que no sabe qué hacer! ¡Un sacerdote que no sabe como pasar el tiempo! Los sacerdotes mas santos gemian bajo el peso de los deberes eclesiásticos, y temblaban temiendo de no satisfacer á todas las obligaciones de su ministerio, y hay eclesiásticos indignos que, despues de haber dicho una misa y de prisa, no saben en qué ocuparse. Seguramente no comprenden la dignidad del sacerdocio, y parece que al alistarse en la milicia de Cristo, no tuvieron mas objeto que el vivir regalada y descansadamente, como si no fuese un mal y muy grande el no hacer bien. Acordémonos del siervo del Evangelio y del modo en que fué juzgado, por no haber hecho valer la suma que recibió : *Serve nequam* (Luc., 19, 22). ¡Cuantos eclesiásticos merecen esta sentencia!

CAPITULO XXXVI.

DE LA VIDA ESPIRITUAL DE LOS ECLESIATICOS.

ARTÍCULO I.

Una actividad excesiva en los cuidados exteriores del ministerio perjudica á la vida espiritual.

La actividad de una vida muy ocupada tiene sus inconvenientes, y el Espiritu santo nos dice en el Eclesiás-

tico : *No emprendas demasiadas cosas*. El que se dedica esclusivamente á los demas, no puede menos de descuidarse á sí mismo. Asi como un canal que continuamente se vacia para fecundar los campos, y permanece él mismo estéril y pedregoso, así un hombre negocioso y activo en demasia no puede cultivar su espiritu é instruye sin instruirse él mismo, sin acertar á encontrar una hora para hablar con Dios entre tantas de comunicacion con el mundo. Muchas confesiones oye, mas poco se confiesa él mismo; predica abundantemente, mas poco penetrado se halla de las verdades que emite; todo negocio lo acepta, á todo se presta, se multiplica, no reposa; mas es dudoso que su interior corresponda á tanta exterioridad, como igualmente que todo sea zelo y buen fin, y que tantas obras y afanes merezcan la bendicion de Dios. El que se difunde y se extravasa en exceso, no puede hallar muchos bienes en su interior. La oracion debe flaquear y con ella esa prudencia celestial y uncion espiritual que santifica y fecunda nuestras obras. Muchos se pierden haciendo mucho por los otros y poco por si.

ART. II.

Debemos aliar la vida exterior con la interior y espiritual.

Un sacerdote debe unir la virtud de Marta á la de Maria, pues si deudores somos para con nuestros hermanos, no lo somos menos para con nosotros mismos, y si amar debemos todas las almas, debemos amar especialmente la nuestra. Si no podemos dispensarnos de tributar al Salvador, en la persona de sus miembros, el oficio de Marta, esto es los deberes de la caridad, tampoco podemos

eximirnos de transportarnos de cuando en cuando á los piés del Salvador para escuchar con Maria en silencio su santa palabra, y para abrirle en silencio nuestro corazón. Imitemos á la paloma que digiere á medias el pasto y lo pone despues en la boca de sus hijuelos. Para administrar como es debido las cosas exteriores, conviene procurar entrar en nuestra alma, y, huyendo los ruidos exteriores, reposarnos en el pacífico seno de una tranquilidad devota. Tal es el medio de adquirir las disposiciones necesarias para cumplir con los deberes exteriores, sin el cual la vida activa es medio ciega y llena de tropiezos y repugnancia. No ménos peligroso seria si, complaciéndonos en la dulzura apacible de la contemplacion, prescindiésemos de los ejercicios exteriores que nos impone la caridad; mas tampoco debemos engolfarnos en las ocupaciones de la vida activa en términos de olvidar los ejercicios interiores de nuestro espíritu. Podemos compararnos á un pilon de jardin, que riega y fecunda el terreno circunvecino, al paso que lleno incesantemente se halla. Todos los santos unieron y alternaron la accion con la meditacion, y, despues de haber consagrado el dia á las fatigas del ministerio, consagraban la noche á la oracion para llenarse de nuevo espíritu. El mismo Jesucristo se apartaba á veces de la multitud, y se retiraba solo á orar; y así podía decir lo que todos decir debiéramos: *Ego sanctifico me ipsum, ut sint et ipsi sanctificati* (Joann., 17, 19). Si no nos esforzamos en nuestra propia santificacion, no conseguiremos santificar á nuestro prójimo.

ART. III.

Modo de cultivar la vida espiritual entre los cuidados exteriores del ministerio.

No solo deben ser moderadas nuestras ocupaciones para que no abrumen el espíritu, ni nos quiten la tranquilidad necesaria para la oracion, sino que importa aun mas que el espíritu que á ellas presida sea igualmente moderado y apacible, sin afán ni prisa perjudicial. Usemos de nuestros medios como si todo dependiese de nosotros, mas procedamos al mismo tiempo con calma y resignacion de espíritu, llenos de confianza en la divina Providencia. Seamos en todo diligentes, mas sin inquietud. Dejémonos conducir á nuestro Padre que está en los cielos, y de este modo tendremos tanto mérito remitiéndonos á la voluntad del Señor, como lo habria en cumplirla si nos fuese manifiesta.

En toda accion ó designio tengamos una intencion recta que es como el alma de nuestras acciones. Examinemos los motivos que nos inducen á emprender tal ó tal cosa, y preguntémonos á nosotros mismos antes de empezarla: ¿Porqué emprendes tal cosa? ¿La emprendes únicamente para conformarte á la voluntad de Dios y seguir la inspiracion del Espíritu santo? En una palabra hagamos todo por Dios y nada por el mundo; estimemos en nada todo lo que podamos hacer si no lo hacemos por el Señor. Veamos á Jesucristo en cada uno de nuestros hermanos, pues, al ver en cada uno de ellos la imagen del Redentor, impelidos seremos á servir las criaturas en Jesucristo y Jesucristo en las criaturas, medio infalible de volver santas nuestras obras.

Miremos y juzguemos todo con el ojo de la fe, y en todo veamos la voluntad y mano de Dios. De los mayores y menores acontecimientos hablemos segun el espíritu y las máximas de una sólida religion, sin temor de pasar por simples y poco filósofos. Que la fe sea la regla de todas nuestras empresas, y sin confiarnos mucho en la razon humana, reconozca nuestra confianza por base la bondad y asistencia de Dios, teniendo siempre en los labios como en el corazon estas espresiones: *Si Dios quiere .. Si Dios me ayuda... Con la gracia de Dios... Roguemos á Dios*, etc.

En el rumor de las cosas exteriores, procuremos mantener el recogimiento y retiro interior, en el cual habla Dios al alma, y escucha esta la voz de su Dios. El que sabe formar y guardar en sí este misterioso desierto se halla en lugar de seguridad en medio de las mas ruidosas ocupaciones, y goza de las riquezas espirituales entre los apuros y estorbos del mundo. Tal fué el secreto de los santos mas afanosos en la salvacion de los pueblos.

Que á nuestras acciones mas ordinarias preceda siempre un *in nomine Domini*, y nunca emprendamos accion alguna de importancia sin invocar al Señor, é inquirir su voluntad con la oracion y consejo; sin omitir arrojarnos á los piés de Jesucristo para darle gracias del fin de nuestras obras, sea que el resultado corresponda á nuestras esperanzas, sea que parezcan frustradas ó queden imperfectas, adorando los designios de Dios, que todo lo dispone segun sus fines.

En la multitud de negocios, jamas omitamos ni alteremos, á menos que fuese por alguna causa gravisima, nuestros ejercicios ordinarios de devocion, como la oracion, meditacion, santa misa, lectura espiritual, visita

vespertina, etc., pues el descuidar estos deberes acarrea la disipacion del espíritu, y la pérdida de un sacerdote por mas afanoso que sea en las obras del ministerio exterior.

ART. IV.

De otro medio para cultivar el espíritu entre las ocupaciones exteriores.

Hallemos en todo ocasion de volver á nosotros mismos y unirnos cada vez mas á Dios. Si oimos las confesiones, no dejemos de experimentar un santo temor de nuestra flaqueza á vista de los desórdenes que hallamos en las conciencias. Si reconciliamos enemigos, si consolamos afligidos, si enseñamos al que no sabe, si visitamos á los enfermos, no dejemos de repetir siempre en nosotros mismos los sentimientos de caridad, paciencia y moderacion que á los demas sugerimos. La vista de las miserias de la tierra debe llenarnos de santa uncion para suspirar por el cielo y gemir por los funestos efectos de las pasiones. En medio de los mas propicios acontecimientos, y de las mas luminosas obras de nuestro ministerio, pensemos en nuestra indignidad y en la bondad del Señor que se digna bendecir las fatigas de su pobre siervo. Si los designios de nuestro zelo no tienen el éxito que deseáramos, humillémonos para confesar entre gemidos que de ello son solo causa nuestros pecados.

Las cosas materiales deben conducirnos á las espirituales; al ver las campiñas cubiertas de cosechas, y los árboles cargados de fruto, admiremos la inagotable abundancia de los bienes que Dios dispensa. Al observar las flores, los pájaros, las verdes praderas, los rios, la naturaleza espléndida y risueña, ocupémonos de las per-

fecciones de Dios y de las bellezas del Criador de tantos bienes y maravillas. Nada puede compararse á la belleza de Dios, decia san Vicente de Paula, pues es el primer principio de todas las bellezas criadas. De Dios derivan su fulgor y belleza el sol y las estrellas. Ese gran santo sobresalia en el arte de elevarse siempre á Dios por medio de los objetos exteriores. Cuando se hallaba en la corte hallaba ocasion de contemplacion en los mismos objetos que á los demas tan solo inspiraban vanidad y distraccion; y al ver en aquellas magnificas salas la multitud de espejos que brillaban por do quier y hacian de un solo objeto mil objetos diferentes, exclamaba en sí mismo: *¡ Ah Señor! si los hombres han sabido hacer de modo que no escape á su vista el menor movimiento, ¿ cómo podré yo esconderme á la vuestra?*

Muchos santos empezaron su carrera por medio de estas reflexiones espirituales que despertaron en su mente los mas vanos objetos. Un jóven eclesiástico, el beato Allegreni, demasiado ocupado en coger pájaros, y de una conducta poco correspondiente á su estado, abandonó una mañana de repente su recreacion favorita y, vivamente impresionado de una idea que le sugirió el objeto de su aficion, empezó una vida que lo hizo santo: *¿ Ves como al oír el reclamo, al oír un canto ligero, acuden del aire estas pobres aves á enredarse en las redes y hallar la muerte las pobrecitas? ¿ Cómo podrás pues resistir tú, al Dios que te llama para ser suyo y salvar tu alma? Aprende en fin á dejarte tomar por la misericordia del Señor si quieres salvarte.*

Tal debiera ser nuestra manera de pensar y hablar, edificándonos á nosotros mismos y á los demas al mismo tiempo. Continuamente ocupados de nuestra santifica-

cion, volvamos á cada momento á nuestro interior de los cuidados exteriores del ministerio.

Refrenemos el libertinage de tantos pensamientos inútiles y mundanos, y acostumbremos nuestra mente al santo ejercicio de buscar al Criador en las criaturas y hallar en todo reflexiones espirituales. De este modo hallaremos siempre ocasion de alimentar una vida devota entre la aridez y distracciones de una vida ocupada.

ART. V.

Del pensamiento de la presencia de Dios.

Dios se halla presente con su inmensidad en todas partes. En nosotros está y en él nosotros; nos contiene y nos envuelve como el agua del mar contiene y rodea los peces: *In ipso enim vivimus, movemur et sumus* (Act. 17, 28). Asi lo creemos, mas rara vez pensamos en ello, sin acordarnos de Dios como si no estuviera presente y como si no existiese. Mas un sacerdote debe sobre todo cultivar este dulce y sublime sentimiento, y como otro Abraham debe vivir siempre en presencia del Señor, y no ver mas que al Señor, diciéndose á sí mismo en todo tiempo y lugar: Dios me observa; Dios me escucha; Dios está aquí presente. Tales son las palabras que debieran hallarse escritas en grandes caracteres en la puerta y paredes de los aposentos de los sacerdotes.

Con este pensamiento familiar llegará á sernos la práctica de hacer en todo la voluntad de Dios, práctica que es el alma de la vida espiritual; y hallaremos continuamente en nosotros mismos un manantial de luces y consuelos, valor y guía en todos nuestros pasos, al mismo

tiempo que una regla infalible en todas nuestras acciones para no hacer en presencia de Dios lo que no quisiéramos hacer á la vista de los hombres. Si operase siempre en nosotros, y de un modo vivo, la idea de la presencia de Dios, ¿quién se atrevería á pecar? En la firmeza que es nuestro deber oponer, en los consejos que nos toca dar, en las peripecias que podemos sufrir, en las fatigas que conviene arrostrar, nada puede darnos tanto aliento y valor como este pensamiento: *Dios me mira*. Con ella pondremos en todo lo bueno que podamos ejecutar todo nuestro corazón, pues sabemos que Dios nos lo pide; y en la multitud de los negocios nunca perderemos al Señor de vista, como los ángeles, los cuales al mismo tiempo que se ocupan de la salvación de los hombres, contemplan la faz del Padre celestial; y así nuestra vida será mas angélica que humana, y será en cierto modo divina, pues el Espíritu santo dirigirá nuestras acciones que efectuaremos en presencia de Dios.

ART. VI.

De algunas devociones mas propias del sacerdote.

La primera es verificarlo todo con devoción, esto es, cumplir espiritualmente todos los deberes de nuestro ministerio, como celebrar la misa, cantar en los oficios, administrar los sacramentos, corregir al que yerra, visitar á los enfermos, asistir á los moribundos, en una palabra hacerlo todo con sentimientos de religión y caridad interior, lo cual distingue un sacerdote espiritual y devoto del que es material y apegado á las cosas de la tierra. Mas para nutrir este espíritu de devoción general

recomendamos las devociones particulares de algunas almas pías, entre las cuales escogeremos las mas sustanciales, y las que mas se alejan de las singularidades y pequeneces de una falsa devoción.

1. Devoción de oír cada día la santa Misa donde se pueda. Nosotros la celebramos cada día y Dios sabe con qué fines; pero un virtuoso eclesiástico no debe dejar de asistir diariamente á este divino sacrificio para prepararse y dar gracias por el que ofrece el mismo, práctica excelente cuyos frutos sensibles serán en su espíritu, advirtiéndole que el decoro y buen ejemplo que dará á los fieles, será mérito del mismo sacerdote y ventaja para el prójimo.

2. Devoción y amor singular al divino sacramento. Que nunca pase delante de una iglesia sin una profunda reverencia, con el corazón mas bien que con el cuerpo, y sin saludar con una fervorosa jaculatoria. Al entrar y salir del templo, deberá postrarse lleno de fe y amor ante el amado Jesús, adorándole y orándole en el curso del día si sus ocupaciones se lo permiten. Por la tarde no deberá nunca omitir media hora á lo menos de visita al Santísimo Sacramento. En estas visitas, entre otras devotas preces, podrá decir repetidas veces la bella oración de san Cayetano Tiene, recomendada y enriquecida con santas indulgencias por el sumo pontífice Pio VI: *Respice Domine de santuario tuo, etc.*

3. Devoción y ternura filial á la Virgen Maria, madre de Dios, complaciéndose en predicar su gloria, en promulgar con todo zelo su culto, imitar sus divinas virtudes, invocarla á menudo con fervorosas jaculatorias, pidiéndole su auxilio en sus mayores necesidades, hincándose de rodillas en cualquier lugar que se halle al oír

tocar el *Angelus Domini* para recitarlo con buen ejemplo y ganar las indulgencias concedidas á esta santa práctica; imponiéndose el deber de no omitir nunca el sagrado rosario y las letanias; acudiendo á menudo ante los altares para venerarla, como tambien en los oratorios consagrados á la reina de los ángeles; preparándose á sus fiestas con la novena y el ayuno de la vispera, practicando cada sábado alguna mortificacion ú oracion para honrar esta santísima abogada, etc.

4. Devocion y afecto especial por la pasion de Jesucristo; el crucifijo debe ser el mas precioso mueble de su aposento y de su mesa. Continuamente debe mirarlo, invocarlo, besar sus piés, estudiarlo y repetirse á sí mismo: *Inspice et fac secundum exemplar*. Sobre su pasion y muerte siempre medita, penetrándose de los sentimientos que animaban á los santos; lee frecuentemente en los Evangelios la historia patética del gran misterio de nuestra redencion; práctica á menudo el ejercicio de la *Via crucis*, tan recomendado por los sumos pontifices que lo enriquecieron con tantas indulgencias; cada viérnes recita algun acto devoto ó alguna mortificacion en memoria y reverencia de la pasion.

5. Devocion y respeto al ángel custodio. No pasa un dia sin tributarle una oracion; se acuerda á menudo de él, y lo saluda en el curso del dia con fervorosas jaculatorias; santifica la fiesta de los ángeles custodios ayudando la vispera, y practicando en el dicho dia alguna limosna á los pobres, visitando enfermos ú efectuando otras obras pias, y dando gracias al ángel por su piadosa asistencia.

6. Devocion particular á algunos de los santos abogados; escógiendo aquellos á quienes tenga mayor incli-

nacion, ó alguna razon ó analogía mas especial con sus necesidades y estado; procurando leer sus vidas, imitar sus virtudes, y adquirir alguna preciosa reliquia de los mismos para objeto de culto; invocándolos á menudo, dirigiéndoles cada dia una oracion, y glorificándolos con devotas aspiraciones. En sus necesidades se vuelve á ellos con confianza, celebra la santa Misa en su honra, y santifica mas especialmente los dias de sus fiestas.

7. Devocion ó sea caridad por las almas del purgatorio, acordándose de ellas en los santos sacrificios, recitando cada dia una oracion en su alivio, por ejemplo, el *Miserere* y principales salmos penitenciales, y el *De profundis*, siempre por la noche al acostumbrado sonido de la campana; al mismo tiempo procura ganarles y aplicarles alguna indulgencia, lo que es muy fácil para nosotros y de gran alivio para esas almas fieles; y no hay que olvidar que los difuntos que están en el purgatorio son miembros vivos de Jesucristo, y que amarlos y asistirlos debemos con todo nuestro poder. Este acto de caridad agrada á Dios sumamente, y nos atrae su bendiccion, así como la intercesion de las mismas almas cuando habrán llegado á la presencia de Dios, queriendo y pudiendo entonces corresponder á los beneficios que habrán recibido, pues en el cielo no hay ingratitud.

ART. VII.

Diversos grados de la vida espiritual.

Decia san Felipe Neri que hay tres grados en la vida espiritual: el primero se llama vida animal; tal es el grado de los que van en pos de las devociones sensibles

que se digna Dios conceder á los principiantes, para que atraídos por este placer, como un animal por un objeto sensible, se entreguen á la vida espiritual. El segundo grado se llama *vida de hombre*, y tal es el de aquellos que no encontrando dulzura sensible combaten por la virtud contra las propias pasiones, cosa propia del hombre; pero añadía el santo que no hay que desalentarse, pues cuando Dios quiere conceder alguna virtud, permite á veces que nos acose y combata el vicio contrario. El tercero puede llamarse *vida de ángeles*, y á él llegaron los que, despues de haberse ejercido por mucho tiempo en domar sus pasiones, recibieron de Dios una vida quieta, apacible y casi angélica aun en este mundo, no experimentando trabajo ni fastidio en cosa alguna. San Felipe exhortaba á perseverar en el segundo de estos tres grados.

CAPITULO XXXVII.

DE LA TIBIEZA DE LOS ECLESIASTICOS.

ARTÍCULO I.

En qué consiste la tibieza, y cómo sucede.

La virtud espiritual es combatida por una gran enfermedad, y es la tibieza, la cual consiste en hallarse poco poseído del temor de Dios y en el poco esfuerzo que se despliega para evitar las ocasiones de ofenderlo; consiste

en nuestra negligencia y apatia que hace que nos ceguemos y no reconozcamos la fealdad de nuestras culpas, las cuales no creemos que sean suficientemente graves para hacernos perder la gracia. Consiste igualmente en no tener gusto por la oracion ni piedad interior por los deberes de nuestro estado; ejecutar con negligencia y frialdad las obras del ministerio y los actos exteriores de la virtud; en descuidar de combatir el propio humor, reprimir las propias pasiones, pretendiendo agradar á la vez al mundo y al Evangelio, tomando algo de uno y algo del otro, para forjarse una devocion fantástica y caprichosa. Así se vive ni frio ni caluroso, ni en el vicio ni en la virtud. Tal es el estado de la tibieza.

Se cae en este estado poco á poco, por negligencia ú omision de algunos ejercicios devotos, por el abandono de la oracion y mortificacion, por el desprecio de las cosas ligeras y pecados veniales, y por otras muchas causas que abruman poco á poco la conciencia, disminuyen la gracia de Dios, y acaban por conducir al relajamiento y ruina. No hay estado de que mas difícil sea salir.

ART. II

Peligro de la tibieza.

La tibieza priva al alma del vigor que necesita para resistir á la tentacion, é insensiblemente la conduce á un estado de languidez y apocamiento espiritual que es la imagen de la muerte. Una fiebre lenta es siempre mortal, y no solo es difícil que recobre el alma su salud y energia, sino que escape al letargo de una estrema insensibilidad.